

JOSÉ MANUEL SOMAVILLA

EL CENTURIÓN
PAGANO



nausicaä

MURCIA



1.^a edición Nausicaä 2009
www.nausicaa.es

Copyright © José Manuel Somavilla, 2009
Copyright © de la edición, Nausicaä Edición Electrónica, S.L. 2009

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96633-51-3
DEPÓSITO LEGAL: B-44 075-2009

Impreso en España - Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

ES UN LUGAR por el que no se pasa; a él se va o de él se viene. En la carretera, una exigua y medio oculta flecha de madera exhibe, enmohecida, el aviso de que, a poca distancia pero algo alejado de las rutas turísticas que buscan los idílicos parajes que se multiplican a lo largo y ancho del valle, se encuentra uno de los enclaves más significativos de la península ibérica.

Al hacer caso de la indicación hallaremos un delicioso pueblo en el que el tiempo pierde su significado, situado en las estribaciones de la Reserva Nacional de Caza del Saja, al oriente del valle, en cuyas cercanías se contemplan antiquísimos castaños de huecos y retorcidos troncos, cuyas raíces riega el río del mismo nombre. El paisaje singular, los frondosos bosques, la abundancia de caza, los ubérrimos pastos que alimentan al ganado, el río cercano y el clima propicio en cada estación, han determinado que sea un lugar elegido por el hombre para habitarlo desde el alborear de los tiempos.

Nadie podría asegurar cual fue el acontecer de sus habitantes desde la conquista romana. Dos mil años son demasiados para conservar vestigios de sus gentes, saber quienes fueron y si dejaron huella a su paso por la historia. Lo único cierto es que

siempre fue un lugar habitado y que de allí, al igual que ocurrió con sus vecinos, atravesando las montañas, llevando sus bueyes y ganado al retumbo del bígaro, muchos de sus hijos bajaron a la meseta para, combatiendo y colonizando, poblar las tierras reconquistadas. Eran los foramontanos y extendieron su lengua y bravura por las tierras que después se llamarían Castilla.

HABRÍAN DE PASAR dieciocho siglos para que un político aristócrata, Zenón de Somodevilla, imitara a los romanos impulsando un censo nacional. Fue en 1752, cuando se tuvo noticia de que allí habitaban treinta y dos varones casados del estado noble, con oficios de labradores, herramenteros, carboneros, canteros y carpinteros, teniendo sesenta y cinco hijos, de ellos cuarenta menores; quince viudos hijosdalgo entre varones y hembras, también de oficio labradores con siete hijos menores; cinco hijosdalgo de oficio pastores; tres varones del estado general nobles, uno de oficio sastre, otro escribano y otro de oficio maestro de primeras letras; un hijodalgo de oficio herrero con un hijo ausente en los reinos de Indias; un hijodalgo labrador y molinero; un hijodalgo, casado, de oficio secretario de S.M. que tiene un criado al que paga la soldada de veinte ducados; un licenciado presbítero capellán; un viudo, antes de oficio labrador y que ahora se sustenta de postular* ostiätim(sic); un casado, de estado noble, con dos entenados menores, que tiene caballos con los que trajina; un administrador de la Renta del Tabaco con un hijo residente en el Reino de Nueva España, otro estudiando en la ciudad de Oviedo y otro Religioso en la ciudad de México. Un caballero hijodalgo notorio, de oficio cirujano, casado y con un hijo nostromo en el navío «Real Felipe» y otro cursante de Jurisprudencia en la Real Universidad de Valladolid y que teniendo un criado y dos criadas, mayores de dieciocho años, paga al primero catorce ducados al año y a las criadas siete a cada una.

* Pidiendo de puerta en puerta

En resumen, ciento ochenta y dos genuinos descendientes de aquellos montañeses que se enfrentaron diecisiete siglos atrás a la invencible Roma; después, durante otros siete contribuyeron con su coraje y sus hijos a reconquistar la patria herida para, más tarde, llevar lengua, religión, honor y costumbres a tierras ignotas allende el océano.

Este fue el lugar elegido para apartarme de la vida agitada, bulliciosa y estridente de la gran ciudad y preparar la que iba a ser mi próxima exposición. Adquirí una antigua casona y decidí restaurarla y aumentar su volumen construyendo un adosado de planta y sótano que me sirvieran como taller. Los operarios iniciaron su labor, primero rehaciendo los exteriores y, después, modificando tabiques y llevando a cabo las necesarias obras que adaptaran la mansión al tiempo presente. Acabada esta primera fase se inició un desmonte del terreno y la excavadora, ayudada por la pala mecánica, procedió a rebajar el área colindante para asentar los cimientos de la nueva edificación.

Los dientes de acero de la máquina, implacables, perforaban constantes el borde del monte y la pala mecánica retiraba la tierra desgajada. Íbamos ganando terreno al collado y, en la mañana del segundo día, cuando ya quedaba poco para obtener la superficie necesaria, los dientes de la excavadora dejaron al descubierto una oquedad que, a simple vista, su estructura revelaba la acción de la mano del hombre.

Ayudados con unas linternas penetramos en el interior y, enseguida, confirmamos que aquello no era una cueva forjada por la propia naturaleza sino una especie de almacén donde las gentes solían guardar aperos, alimentos y otros enseres. Maderos y tablas dispuestos linealmente junto a los muros formando anaqueles y sobre ellos redondas y ovaladas fuentes de madera, revelaban que los propietarios tenían aquel lugar, habitualmente, como almacén para la curación de quesos. Restos de cerámica por el suelo y una espesa ceniza cubriéndolo todo indicaban que acabábamos de interrumpir un silencio de siglos. Al fondo, sobre un tocón de roble, un objeto rectangular cubierto por una

densa capa de polvo llamó mi atención. Me arrodillé, deposité la linterna en el suelo de forma que lo iluminara y con los dedos, suavemente, comencé a limpiar una esquina. Un reflejo dorado desveló que se trataba de un cofre de latón cuyo único relieve era un pequeño signo A en un lado de la tapa. Limpié a toda prisa los bordes y la abrí. El interior estaba repleto de una masa entre amarillenta y grisácea que, al tacto, me pareció tratarse de cera vieja, la de los cabos que quedan de las velas o cirios. Recogí la linterna y con el cofre bajo el brazo salí al exterior. Mientras los operarios se felicitaban por el hallazgo de la cueva que acertaría su tarea entré en la casa para asearme y cambiar de atuendo. Después de limpiar a fondo el cofrecillo observé que su manufactura hacía visible que se trataba de un objeto sencillo y muy antiguo. Supuse que quienes entraban en la cueva iluminándose con velas iban guardando en la caja los restos con objeto de no desperdiciar la cera y volver a utilizarla amasada en una o varias piezas. Lo dejé en la estancia que tenía como lugar de trabajo y durante un tiempo me olvidé de él.

Días después, de pie ante el caballete, mientras trataba de dar término al paisaje que me tenía ocupado desde hacía tiempo, dirigí la mirada al cofrecillo y, de pronto, tuve la idea. Dejé la paleta y los pinceles, cubrí el cuadro con un paño y me levanté para recoger la caja de latón. No lo había advertido hasta entonces... una caja como aquella aunque estuviese llena de cera no podía pesar tanto.

CON UN ABRECARTAS perforé la cera por el centro y la punta penetró unos tres centímetros. La hincué de nuevo más fuertemente y esta vez sentí que algo duro impedía el paso de la punta metálica. Recogí de la mesa, en la que desordenados se meclaban los frascos de barniz, los tubos de óleo junto a las paletas, trapos y pinceles, una espátula y, cuidadosamente, fui retirando la cera comenzando por donde introduje el abrecartas. Al poco tiempo

quedó a la vista un hermoso broche de oro en forma de pez, una fíbula que los antiguos utilizaban para sostener el extremo de la toga y tener libre la mano, y las mujeres para sujetarse el cabello o como simple adorno. Retirada toda la cera de la superficie apareció un envoltorio de emporética, una tela basta empleada para preservar objetos delicados. La desplegué y aparecieron dos fajos cosidos de pergaminos pasablemente conservados. Estaban escritos en un docto latín pero buena parte de los caracteres no eran legibles a simple vista. La tinta empleada se había disipado casi por completo, no obstante, las huellas de los firmes trazos eran perceptibles.

El paso de los siglos había hecho su labor y, al tacto, era fácil predecir que el papiro se desharía en poco tiempo al contacto con el aire. Debía actuar con presteza si quería conocer lo que se había escrito. Espolvoreé ceniza sobre la cubierta, puse sobre ella una lámina y con los dedos la oprimí suavemente para que el polvillo se introdujera en las huellas dejadas por el cálamo. Después de retirarla, soplé ligeramente para que el resto de la ceniza desapareciera. Encendí el escáner, coloqué la cubierta y programé una resolución máxima. Finalizada la exploración, en la pantalla del ordenador apareció, clara y precisa, la siguiente advertencia:

YO
CAIO ANNIO FLAVO
MIEMBRO DEL SENADO DE ROMA
OS CONFIRMO
MIS PALABRAS SON TAN AUTENTICAS
COMO LAS ESPADAS DE LOS LEGIONARIOS
ROMANOS

MANUSCRITO DE
LUCIO ANNIO

DEL 25 A. DE C. AL 1 D. DE C.

I

TENGO PARA MÍ que no estaré cuando florezcan las preciosas plantas del jardín que tu madre cuidaba tan solícitamente y que no volveré a ver a los chiquillos recoger el fruto de los árboles, ni tampoco me acercaré ya hasta el hermoso río para contemplar al preciado pez luchando por alcanzar su origen con el propósito de prolongar la existencia de su especie. Nada hay en mi aspecto para que el final se haga visible a los que me rodean. Estos días de invierno del triste año de la muerte de Germánico no son diferentes a los anteriores y, quitando el acostumbrado dolor de mi rodilla herida, no muestro síntoma alguno de enfermedad letal, pero tengo la convicción de que antes de fundirse las nieves os habré dejado.

Me contó cierto día Verdiago, el anciano consejero de la tribu de tu abuelo, el que salvó la vida del emperador, que todos los hombres recibimos una señal que nos avisa de que nuestro tiempo está a punto de consumirse siendo pocos quienes la comprenden y la aceptan, y muchos, engañándose, los que la desechan pensando que han tenido un mal presagio. Yo he sentido esa señal en lo profundo de mi alma y me preparo para el desenlace final que, a fin de cuentas, es el de todos los hombres. Doy gracias a los dioses que me conceden tener la serenidad de espíritu que,

durante el tiempo que resta, me permite activar mi conciencia y dejarte en este manuscrito la historia de nuestra estirpe, en vez de encogerme temeroso junto al fuego del hogar calentando mis huesos, mientras tus sobrinos escuchan las ilusorias historias de su anciano abuelo.

Advertí la necesidad de dejar por escrito mis recuerdos porque me di cuenta de que soy el único que puede testimoniar sus orígenes a las futuras generaciones. Qué paradoja. Precisamente yo, que no pertenezco a este pueblo singular, que represento la civilización y a Roma, me siento apremiado a dejar constancia de lo que está a punto de extinguirse. Cuando Agripa llegó a estas tierras lo tuve por cierto. Los pocos que quedaron se han mezclado con el conquistador y pasados unos años sólo quedarán nebulosos recuerdos de aquellos guerreros que se opusieron tenazmente a Roma.

He hecho lo posible por reconstruir los acontecimientos tal como debieron de ocurrir sin caer en especulaciones y para ello me he servido de la memoria de testigos presenciales. Comenzaré por un hecho relevante sucedido un año antes de llegar a estas tierras para ponerme a las órdenes del legado Cayo Antistio —lo que me permitió conocer a tu tío pues, enseguida, dada nuestra proverbial capacidad para las lenguas, me encargaron el contacto con los nativos, y nada mejor para ello que seguir en sus negocios al perspicaz Bovecio, el comerciante turmogo que suministraba a las legiones cuanto necesitaban para subsistir.

La primera vez que llegué al Peñasco del Infierno, más conocido por Peñaorcada o *Peñacorada*, en esa síntesis de economía del lenguaje que los pueblos logran con el paso del tiempo, fue como emisario del propio Vipsanio Agripa para negociar con Coriscao y tanto la ciudad como su entorno me fascinaron.

Donde la montaña dobla el espinazo y trunca la pendiente iniciada en la misma cima como un capricho de la naturaleza, allí se asentaba la ciudad fortificada, considerada como metrópoli y núcleo vital de la tribu vadiniense. Su atalaya dominaba el paisaje increíblemente sugestivo que se ofrecía a la vista de sus

moradores. La naturaleza en su grandeza física, antes de alcanzar las agudas crestas de la montaña había ondulado la loma que las enlaza conformando una especie de «mesa» rectangular desde donde era posible dominar con la vista un imponente paisaje. Allá, bajo sus pies, el caudaloso Orca, uno más de los afluentes del gran río de los Devalés, presuroso, dando un brusco cambio de sentido al encontrarse con la barrera montañosa que había erosionado. Al poniente una elevada tríada de montañas en escalonada sucesión que la distancia azulea, parajes predilectos del oso, coronadas por irregulares siluetas de las areniscas prehistóricas que la vegetación no ha conseguido ocultar a pesar de las espesas frondas de hayedos, tejos, fresnos, avellanos y robles. Poniendo un poco de atención se podían ver, planeando, las siluetas del cernícalo, del buitre y hasta del águila, cuyo territorio coincide con el del temido depredador, el lobo.

Aunque la estructura en extremo accidentada del paraje unida a las enormes masas de arbolado y a la considerable altura en que se encontraba el castro parecían elementos suficientes de defensa como para anular cualquier deseo de invasión, sus habitantes habían estado fortificando la ciudad desde varias generaciones, consolidando y aumentando un formidable recinto amurallado, explotando la natural forma elíptica del asentamiento. El eje mayor contaba una distancia superior a los mil pasos y aunque el muro estaba construido con bloques de piedra sin mortero, el grosor alcanzaba dos pasos y el único sendero que permitía un normal acceso al poblado contaba con varios fosos distanciados entre sí lo suficiente como para estar constantemente observados por los vigías. Si bien existía otra peligrosa posibilidad, este sendero era el único practicable para las personas, el ganado y las caballerías y se iniciaba al comienzo del poblado, en el extremo más alejado de la terraza sobre el barranco. El camino bordeaba en una casi siempre brusca progresión descendente, las montañas que rodeaban el poblado, hasta alcanzar el lecho del río después de recorrer unas tres millas para seguir paralelo a él durante algún tiempo en busca del valle.

La otra posibilidad de entrar y salir del castro la constituía un talud —al que no podía llamarse sendero porque había sido creado a lo largo de los siglos por una torrentera— que iba desde el mirador de la sima coronada por el enorme peñasco que había dado nombre a la ciudad, hasta el mismo lecho del Orca. Nadie osaba recorrer este abrupto, sinuoso y aterrador desnivel por el peligro de un desliz fortuito que podía acabar estrellando al osado contra el barranco. Permitía solamente el paso de una persona por tratarse de una sucesión de varios centenares de estrechos salientes a modo de escalones. Unos naturales habían sido creados por la erosión del agua y el viento. Otros los había labrado pacientemente el hombre a lo largo de muchos años, extrayendo la tierra de la pared e introduciendo en los huecos bloques de piedras lo suficientemente grandes para lograr un asentamiento seguro.

Así era la ciudad cuando la vi por vez primera y así debió ser también aquel día primaveral, cuando los siete hombres se fueron aproximando para sentarse, por orden de edad y dignidad, en los bancos colocados alrededor de la mesa situada en el exterior de la casa, sin prestar atención al deslumbrante espectáculo que tenían ante ellos, sino que sus rostros denotaban más bien cierta preocupación.

Al frente del grupo un individuo muy alto, de gran corpulencia, pero de proporciones equilibradas que lucía una barba rojiza a tono con la cabellera que le caía sobre los hombros y que sujetaba a la frente con una tira de cuero; un tahalí al cinto portando la espada corta de la que nunca se separaba definía claramente que se trataba de Corocotta, el caudillo de las tribus cántabras. Le seguían el resto de los jefes de tribus convocados y, detrás, Coriscao, un sujeto enorme de aspecto aguerrido y salvaje que igualaba en altura a Corocotta, con ancho pecho velludo, hombros cuadrados y unos brazos como ramas de robles, el mentón cubierto por una poblada barba oscura vetada por hebras grisáceas. Vestía una túnica de fina piel de rebeco que le llegaba a las rodillas, en cuya tela, a la altura del pecho estaban cosidas

decenas de trocitos de metal y huesecillos, estos últimos teñidos de varios colores y formando un tosco dibujo.

A su lado, Iján, un hombre joven de rostro de halcón, que vestía de modo parecido aunque sin mostrar adorno alguno sobre la túnica a no ser por el ancho cinturón que se cerraba con una hebilla inmensa. Llamaba la atención por la delgadez de la pierna izquierda, dañada al nacer por la torpe mano de una partera que le derramó agua hervida. Le imposibilitaba flexionar la rodilla y determinó se convirtiera en un escuálido y lánguido apéndice paralizado. A pesar del ejercicio constante durante la adolescencia el miembro había quedado atrofiado y siempre sería algo más corto que el derecho. Se veía obligado a caminar pausadamente realizando un gran esfuerzo y ayudándose de un bastón. Aunque no poseía la fuerza y la perfección física de Corocotta y Coriscao, con sólo una mirada, cualquier observador habría notado que aquel individuo, con excepción de Corocotta, era el más inteligente del grupo y también habría percibido que aquel trío constituía una combinación capaz de enfrentarse a lo que fuera con muchas posibilidades de vencer.

Coriscao estaba casado con Ieronca, prima de Corocotta, e Iján, en virtud del sistema de matriarcado de los cántabros por el cual el hermano de la mujer es quien verdaderamente ocupa el lugar principal, prefirió seguir a su hermana en vez de continuar viviendo en el seno de su familia. Aquello le vino bien a Coriscao, sencillo y simple, pues tanto el clan como la tribu se beneficiaron de su reconocido talento. Él era, aunque la jefatura formal la ostentaba su cuñado, quien pensaba y determinaba las acciones que debían tomarse contra los enemigos y las operaciones de saqueo, el cerebro que llevaba cuenta de las provisiones, pertrechos y necesidades de la tribu entera. Igualmente era la voz final que determinaba la solución de las controversias, pleitos y situaciones difíciles. Tenía un punto de maldad, sustentado en el rencor y el odio hacia todo insensato e incompetente. A su voz y a su pensamiento se doblegaban todos conscientes de su liderazgo. Su sentido de la vida se centraba en la lucha, en gue-

rrrear, pues a pesar de saberse un tullido se había fabricado una silla de montar y un estribo especial que le permitía participar en las escaramuzas cabalgando con idéntica pericia a la del jinete más hábil. El peligro venía para él si, en algún momento, era descabalgado pero Coriscao siempre permanecía atento a esta posibilidad.

Vestidos con el tosco *sagum*, el manto parduzco de lana de oveja de uso común en todo el territorio, el resto de los hombres ofrecían el mismo aspecto fiero y únicamente parecían diferenciarse entre ellos por la envergadura de su figura ya que no por la robustez de sus miembros. Los ocupantes de los puestos de mayor dignidad eran Corocotta y Coriscao; aquél, caudillo de todas las tribus cántabras; el segundo, del clan de los vindios era el jefe de los otros doce clanes que integran la tribu de los vadinienses. Al lado de éste, en el tercer lugar del banco más próximo a la casa, el de menor rango, se situaba Iján. Frente a ellos se sentaron los otros cuatro que se encontraban allí por su condición de jefes de las principales tribus del este y centro de Cantabria, como habían venido haciendo los últimos años desde que el enemigo común, el romano, les obligó a abandonar su secular individualismo si querían sobrevivir. Lo que hasta entonces fue una quimera, unir a tribus que durante siglos se habían hostigado entre ellas, se convirtió en realidad porque se dio la circunstancia de coincidir tres sucesos al mismo tiempo, el acoso de las tropas romanas, la aparición de dos jefes con visión de futuro, Corocotta y Tor de los pembelos y, por vez primera, la hambruna. Y es que en un país donde la libertad, la independencia del individuo y el celo por la tierra suponen los principales ideales por encima de la familia y del bienestar, sus gentes no pueden ser proclives a unirse porque siempre se han mirado con recelo.

Sentado en el primer lugar del banco adosado al muro de la casa y teniendo ante su vista el paisaje de la terraza sobre el torrente, Corocotta depositó sobre la mesa la taza de madera después de beber su contenido, mientras seguía con la mirada como Ieronca dejaba una nueva jarra de *zytos*, la apreciada bebida fer-

mentada del grano de centeno. Junto a ésta, tortas de centeno y una fuente conteniendo una extraña masa troceada, pardusca, gelatinosa, con multitud de huecos o agujeros como los que aparecen en muchos de los quesos en la región de la Apulia y que, más tarde yo mismo, descubriría como un alimento grato y nutritivo: era sangre de animales sacrificados que se recogían en calderos y después de hervida se cocinaba al fuego con manteca, ajos y cebollas. Cualquiera de los pocos romanos que llegaron a visitar los poblados indígenas observó como desangraban a algún equino y, desconociendo la lengua de los cántabros, por señas, se interesó por conocer el uso que se iba a dar al vital elemento. Es muy probable que la respuesta, por el mismo método, le hiciera entender beber por comer y de ahí la errónea creencia que nos ha llevado a dar por hecho que el guerrero cántabro bebía la sangre de los caballos.

Tamborileó Corocotta con sus dedos sobre la taza. Como si se hubiera decidido a dar un sesgo a la conversación que estaban manteniendo, se dirigió a Ator, sentado frente a él.

—¿Y Tor, cómo se encuentra?

El así interrogado, de unos cuarenta años, permaneció un instante mudo como si la pregunta le hubiera cogido por sorpresa.

—Murió al comienzo del invierno —respondió, lacónico.

—¿Cómo sucedió? —inquirió Corocotta, visiblemente afectado pues sentía un sincero afecto por aquel anciano que tuvo la visión certera de lo que suponía para el pueblo cántabro la falta de unidad, y a quien debía que le hubiesen aceptado como caudillo de todas las tribus.

—Estaba perdiendo la vista con gran rapidez. Cuando se percató de que la ceguera se hallaba cerca y que desde ese momento dependería de los demás hasta para realizar los actos más sencillos, se dirigió al collado cercano y, al día siguiente, cuando le echamos en falta fuimos en su busca y le encontramos apoyado en un tejo con la mirada fija en la aldea. Creo que, de no haber muerto luchando en la batalla, ése era el fin que deseaba y su semblante así lo evidenciaba. Allí le dimos sepultura.

—¿Fue natural...?

—Sobre su tumba plantamos el mismo árbol cuyas hojas facilitaron la *pócima** que le ayudó a morir. Ésa es la única forma de darle plantón a la afrenta de la decrepitud.

Durante unos instantes los siete se mantuvieron callados como si prestaran homenaje con su silencio al viejo Tor. Fue Bolmir, de los avariginos, quien primero habló dirigiéndose a Ator.

—Sin menosprecio para ti, su experiencia y sus consejos siempre nos fueron útiles. Le echaremos en falta.

Asintieron todos. Corocotta cogió la jarra de *zytos* y vertió parte del contenido en su taza e hizo lo propio con las de los demás. Puestos todos en pie, al unísono mojaron los dedos en la bebida y lanzaron unas gotas en dirección al poniente para, seguidamente, beberla de un solo trago después de haber exclamando: ¡*Oh, Erudino, salva a Tor y a nosotros!*

—Cierto que el viejo era quien mejor conocía al romano —exclamó Luey, de los blendios—. No olvidemos que luchó junto a Hirtuleyo, siendo su mano derecha hasta que las huestes de Metelo acabaron con su vida en la batalla de Segóbriga.

—Llegó a formar parte de la guardia personal de Sertorio quien la consideraba como la más fiel. Se salvó de milagro de que no le asesinaran la aciaga noche de Osca en la que el traidor Marco Perpena acabó vilmente con el *Gran Tuerto*** —concluyó Ator.

—También luchó, y yo junto a él, a las órdenes de Julio César en Aquitania —recordó Corocotta, quien, como si de repente hubiera descubierto algún significado, sugirió—: Resulta sorprendente que los dos grandes romanos a los que sirvió fielmente, acabaran siendo asesinados por sus propios compatriotas.

Obios, el engomescos, aprovechó las palabras de Corocotta

* Exprimiendo las hojas del tejo, que contienen un potente y letal alcaloide, se obtiene un veneno activísimo.

** A Quinto Sertorio, que había perdido un ojo en una de sus mil batallas, las tropas hispanas, que apreciaban al general romano, le pusieron este apodo.

para introducir su conclusión favorita: los romanos no eran de fiar, todos eran unos viles traidores.

—Lo que demuestra, como viene ocurriendo desde Numancia, que a los romanos es mejor tenerlos lejos o en las tumbas y siempre como enemigos. Yo no me llevaré nunca la desagradable sorpresa de sentirme traicionado por un romano porque jamás creeré en su palabra ni lo tendré como amigo.

—Opinas así porque siempre has luchado contra ellos y nunca los has tenido como aliados. Quienes servimos en las legiones bajo las órdenes de Pompeyo y Julio César tenemos una idea diferente. Yo no los defenderé, pero Roma también ha conocido y seguirá dando grandes hombres que hacen honor a su palabra, y traidores... todos los pueblos tienen los suyos para su desgracia. Acordaos de Viriato, traicionado y asesinado por tres de los suyos, Audas, Ditalkon y Minuros a cambio de unas miserables monedas y la promesa de impunidad, cuyos nombres han quedado para la historia como paradigma de traición cuando reclamaron su recompensa al cónsul Quinto Servilio Cepión y éste los despidió diciéndoles que «Roma no pagaba traidores».

Mientras hablaban, Iján parecía estar ausente de la conversación. De vez en cuando cogía un pedacito de pan y lo lanzaba contra el muro que formaba parte del perímetro del establo donde se alojaba el ganado. Los trocitos caían cerca de una abertura practicada a propósito en el muro a ras del suelo por la que afluían los orines de las bestias. Puntualmente, aparecía raudo un pequeño ratón que recogía el pedacito de pan y regresaba disparado hacia la hendidura. Iján parecía absorto en continuar con el juego que el roedor había comprendido. Coriscao, en una ocasión, observó con mirada curiosa a su cuñado pero no dijo nada.

—Lo que nadie negará es que la experiencia de Tor nos ha servido a todos. Antes o después, cuantos aquí estamos guerreamos junto a él, y de él aprendimos las tácticas y las estrategias que han hecho de los romanos los dueños del mundo. Si no hubiésemos seguido sus consejos estaríamos ahora como los vacceos: sujetos al yugo romano —sentenció Luey.

Algunas cabezas se movieron asintiendo. Corocotta aprovechó la pausa que se produjo, mientras se llenaban la boca con trozos de comida, para lanzar al aire:

—¿Cómo habéis pasado el invierno? ¿Conserváis suficientes víveres para resistir hasta el verano?

Las preguntas de Corocotta les situaron ante la cruda realidad. La que les había llevado a congregarse hoy en aquel lugar.

—Mal —respondió Luey—. Hemos tenido que vivir estos meses sometidos a una drástica distribución de los víveres. La caza nos procuró un poco de ayuda y también el escaso pescado en salazón que pudimos adquirir en Vereasueca, y digo escaso porque tampoco disponemos del oro necesario para adquirir cantidades suficientes. Hace tiempo que los hombres no salen del territorio para guerrear como mercenarios por lo que tampoco hay pagas ni botín. Mi gente tiene hambre —concluyó sincero y con un gesto de tristeza que no pudo ocultar a los presentes.

—Algo parecido nos ha ocurrido a nosotros —continuó Bolmir—. La grasa de las piezas cobradas durante el invierno no ha sido suficiente y ni siquiera hemos podido alumbrarnos durante la oscuridad. Nos vimos obligados a recorrer decenas de millas para llegar a las tierras de los autrigones y conseguir arrebatarnos algo de ganado, pero como durante el invierno lo tienen cerca de sus casas tuvimos que luchar y perdimos tres guerreros. Llevamos días anticipándonos al momento de la recolección para tratar de conseguir frutos tempranos y raíces comestibles. Estamos como los blendios, pasando hambre.

Uno tras otro confesaron que sus clanes estaban faltos de alimentos, sometidos a unas escasas dietas y con la única esperanza de que llegara pronto el buen tiempo para cazar y realizar las incursiones de pillaje en territorio vacceo.

Corocotta observó uno a uno a los cuatro hombres que tenía sentados frente a él y no queriendo demorar más la cuestión que le inquietaba, dijo con voz grave en la que trascendía inquietud.

—Os he convocado precisamente para deliberar sobre lo que debe preocuparnos: el avituallamiento de vuestras tribus porque

las que se encuentran al oriente no tienen este problema gracias a que su territorio es abundante en ganado. También deseo exponeros mi preocupación por la situación general de nuestro pueblo.

Todos, incluido Iján, permanecían atentos.

—Con la rendición de los vacceos todo se nos ha complicado. Antes podíamos tranquilamente entrar en sus poblados y llevarnos su grano. Ahora, al ser aliados de Roma ésta debe protegerlos y para ello no sólo ha llevado la *Macedónica* hasta la misma frontera sino que, por encima de ésta, en nuestro propio territorio, ha situado una *vexillatio* dentro de la comarca vadiniense a unas diez millas de la entrada al desfiladero de la Peñalabrada, con la intención de cubrir todas las posibilidades de acceso por nuestra parte al territorio vacceo.

—Lo que no impide que podamos cruzarlo —insinuó Bolmir.

—Es cierto. Nuestros guerreros podrían pasar aunque habría bajas por ambos lados, pero al regreso llevando con nosotros el botín de carros con el grano y el ganado seríamos una presa fácil para las cohortes romanas que nos destrozarían. Por tanto, tenemos que establecer un plan que nos permita solucionar este problema.

Acabada la exposición, Ator, Luey, Obios y Bolmir junto con Coriscao, se lanzaron a urdir el modo de garantizarse el éxito de las próximas incursiones al territorio vacceo. Obios, como era natural en él, propuso lanzarse contra los soldados de la *vexillatio* para, una vez reducido a cenizas el destacamento, dejar el paso libre para el regreso con el botín. Luey creía más conveniente hostigarla sin presentar batalla para tenerla encerrada en el campamento durante el tiempo que durara la incursión y así evitar bajas en sus filas. Coriscao escuchaba a unos y otros deseoso de que concluyeran para sumarse al plan de la mayoría. La discusión le estaba provocando dolor de cabeza.

Iján, que no había intervenido en el debate, tomó un nuevo trozo de pan y, antes de tirarlo contra la hendidura en la pared, preguntó:

—¿Qué sabéis de las ratas?

Como si no hubiera estado presente desde el primer momento y hubiese aparecido de improviso, se le quedaron mirando sorprendidos al ver que tiraba trocitos de pan a un ratoncillo en vez de interesarse por la cuestión que les preocupaba.

—¿Cómo dices? —preguntó Ator.

Sin hacer caso de la pregunta de Ator y sin mostrar arrogancia alguna en el tono de voz, Iján lanzó un último trozo de pan que, como en las ocasiones anteriores, el ratón atrapó casi al vuelo y, volviéndose a los reunidos, dijo:

—Creo saber como podemos, por esta vez, solucionar el problema de las provisiones.

Confusos, sabiendo que Iján hablaba en serio, esperaron una explicación.

—Tengo un plan que puede resultar eficaz. Os preguntaba si sabéis algo acerca de las ratas...

—Son como la mujer de Bolmir —dijo Obios que no perdía ocasión de zaherirle, dándole un codazo—, que siempre tienen la barriga llena.

Las risas sirvieron para aliviar la tensión.

—Es cierto —dijo Iján, sonriente—. Las ratas no tienen temporadas para procrear y pueden hacerlo en cualquier época y, por si lo ignoráis, la rata hembra puede tener doce alumbramientos al año, o sea, uno por mes y unas doce crías cada vez.

Aquellos hombres de aspecto fiero seguían, como niños a su maestro, las explicaciones de Iján. No comprendían qué tenían que ver las asquerosas ratas con el ejército romano y con los vacceos pero, seguros de que el lisiado deseaba llevarles a alguna parte con su disertación, permanecían atentos.

—Os podría enseñar mucho más sobre las ratas, el papel que juegan las jóvenes y las viejas dentro de cada clan. Son, en cierto modo, como nosotros. Necesitan un territorio, lo defienden y tratan de acrecentarlo a medida que aumentan en número. Las viejas se ofrecen como punta de lanza cuando existe un peligro desconocido para el clan y se disponen a morir en beneficio de las demás. El jefe distribuye las respon-

sabilidades y las operaciones. Si el jefe muere, muere todo el clan.

La mayoría escuchaban, asombrados pero a la vez con interés, las explicaciones de Iján quien siguió diciendo:

—Las jóvenes sirven sexualmente a los dos meses y tienen, digamos, un promedio de diez crías por alumbramiento. ¡Imaginaos!

Al oír esto, más de uno de los presentes volvió la mirada con cierto recelo a la hendidura por la que había desaparecido el ratoncillo.

—Conocéis el método que siguen los romanos para guardar y proteger el grano mediante lo que llaman silos, es decir cavan en terreno seco, luego hacen un lecho de paja y encima colocan las espigas o el grano suelto y, así, evitando la entrada de aire están seguros de que no habrá daño alguno a las provisiones durante mucho tiempo.

Hizo un alto en su exposición fijando la mirada en el rostro de los presentes para adivinar como asimilaban su explicación.

—Supongamos que introducimos en cada campamento, en las calendas, diez parejas de ratas por ser éste el día señalado para recibir las provisiones. Al cabo de un mes las primeras diez parejas tendrán cien crías y dos meses más tarde en el campamento existirán unas diez mil ratas y otras tantas se incorporarán treinta días después. En total unas veinte mil ratas que trataran de seguir aumentando el censo con el peligro que eso supone en un espacio reducido como es el de un campamento.

A pesar de que los cálculos de Iján no estaban al alcance de la mayoría de los presentes, Luey pareció entender la idea y animado por el extraño plan se le ocurrió preguntar:

—¿No se matarán entre ellas?

—Es probable —respondió Iján—, pero la causa principal para que luchen entre ellas es la escasez y búsqueda de alimentos, circunstancia ésta que no se da en los campamentos donde se almacenan grandes cantidades de grano, legumbres, carnes

secas, quesos... justo lo que más apetece a la dieta de las ratas. El problema para ellas no será, pues, el alimento.

—¿Cuál entonces? —inquirió Coriscao, que era el único que todavía no había comprendido el alcance de lo que llevaba dicho su cuñado.

—El territorio. El espacio donde desarrollar su acción se verá constreñido por el propio perímetro del campamento y eso a quien más afectará será a los propios soldados a los que las ratas verán como enemigos que les disputan su territorio.

Iján hizo una breve pausa para beber de la taza, y después continuó diciendo:

—Comenzará una lucha feroz por defender cada uno su espacio vital, las enfermedades harán acto de presencia. Al cabo de cierto tiempo observaremos los terribles efectos que la convivencia con una multitud de ratas produce entre los soldados.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Obios, tan impetuoso y apasionado como tenía por costumbre.

—Hemos de servirnos de los niños —respondió Iján—. Que se les fabrique jaulas y se dediquen a capturar cuantas más ratas mejor y que no las junten, que las mantengan separadas a cada una en su propia jaula. Hemos de mantenerlas aisladas hasta el momento en que las soltemos. Faltan diez días para las calendas así que para dentro de siete días quiero tener en sus correspondientes jaulas por lo menos treinta parejas.

Coriscao ya se había hecho una idea aproximada del plan propuesto por su cuñado así que decidió intervenir.

—Pero quedaría lo más difícil, introducirlas en el campamento.

—Hablaré con Bovecio y él arreglará el asunto. La operación será sencilla, sin riesgo. Unos cien pasos antes de entrar en el campamento uno de sus hombres rasgará con la uña uno o dos de los sacos de grano y legumbres y dejarán caer unos delgados regueros que las ratas seguirán como locas en cuanto se les ponga en libertad. Cuando alcancen los almacenes comenzará el verdadero trabajo de éstas.

—¿No las verán? —insistió Coriscao, que se estaba imaginando a una bandada de ratas atravesando a todo correr la puerta de entrada al campamento ante la atónita mirada de los soldados.

—Naturalmente que no. Las soltaremos cuando ni a las ratas ni a nosotros se nos pueda descubrir y eso sucederá en la oscuridad de la noche cuando los guardias estén casi adormecidos. A nosotros no nos verán ni oirán porque estaremos lo suficientemente lejos y, en cuanto a las ratas —Iján miró a su cuñado como si hubiese comprendido la visión de éste—, las iremos soltando espaciadamente, no todas a la vez.

—Pero los regueros de granos pueden atraer a otros roedores y cuando se suelten las ratas puede que ya no existan —pensó en voz alta Ator.

—Para evitar esa posibilidad actuaremos en coordinación con Bovecio. Estaremos al acecho, escondidos, para que cuando abandonen el campamento, lo que sucederá al atardecer, actuemos nosotros. Además, he explorado el terreno y comprobado la ausencia de pájaros que podían resultar los principales enemigos del plan —respondió Iján.

Los cuatro invitados reflejaban en sus rostros la admiración que les causaba Iján y el entusiasmo por contar con un plan que, sin peligro aparente, podría procurarles el avituallamiento necesario para sus tribus.

—Como habréis deducido —intervino Corocotta—, se nos presenta la posibilidad de adentrarnos en territorio vacceo y lograr un botín que nos permita pasar el invierno sin agobios, eludir la lucha con las tropas romanas y evitar pérdidas en nuestras filas. Sin embargo, como ha dicho Iján, este plan solamente puede ser eficaz una sola vez.

—¿Por qué una sola vez? —interrumpió Bolmir.

—Porque los romanos son inteligentes, atarán cabos y darán con el origen del problema si la plaga se repite. Bovecio sería descubierto y, además de pagar con su vida, concluiría para nosotros la mejor fuente de información con la que contamos dentro de las legiones y muy cerca del legado Cayo Antistio.

—¿Qué propones? —medió Luey.

—Propongo una táctica muy simple, encaminada a conseguir el mayor botín posible con la mayor rapidez y con el menor número de bajas. Vosotros cuatro —señalando a los que tenía frente a él— estad preparados para dentro de mes y medio, plazo mínimo necesario para que la plaga esté causando sus efectos. Os comunicaré la fecha en la que nos reuniremos aquí de nuevo y acudiréis acompañados de vuestros mejores veinte jinetes y diez carros, ni uno más. Un día después pasaréis, acompañados por Coriscao, por el desfiladero de la Peñalabrada al territorio vacceo donde yo estaré esperando con mis hombres. En ese punto, dada la imposibilidad de hallar suficientes provisiones para todos en un único lugar, nos separaremos en tres grupos: al sudoeste marcharán Obios y Luey; Coriscao y Bolmir lo harán hacia el sur y yo, junto con Ator, al sudeste. Entraremos en los poblados de Pallantia que encontremos al paso y atacaremos si entendemos que tienen grano y provisiones suficientes para completar el botín que necesitamos, en caso contrario seguiremos progresando en la misma dirección en busca de otras aldeas más prósperas. Cuando hayamos conseguido el botín necesario regresaremos al mismo punto donde nos separamos para, desde allí, penetrar a la vez en nuestro territorio.

Todos seguían atentos las instrucciones.

—Tened muy presente dos cosas: la primera es vital para vuestra seguridad. Debemos reunirnos, como máximo, al quinto día de habernos separado y la otra, no os dejéis cegar por la codicia, ceñíos a llenar sólo los diez carros y llevad el número y la clase de ganado que no os impida llegar al punto de reunión en la fecha fijada. Los vacceos, en cuanto abandonemos sus poblados, darán la voz de alarma, la noticia llegará a la *vexillatio* y, con ratas o sin ratas, sanos o enfermos, saldrán en busca nuestra. Si no nos damos prisa hasta pueden cerrarnos el paso las cohortes que puedan enviar desde la cuarta legión. Es un buen plan y saldrá bien, pero sin menospreciar a los mandos romanos.

—¿Eso es todo? —preguntó Ator.

—No. Como éste es un plan que solamente podemos ejecutar una sola vez, debemos apurar todas las posibilidades para que se cumpla con éxito. Un grupo de mis hombres recibirá órdenes de acercarse al campamento romano y observará los movimientos de tropas que se producen con la consigna de hostigar a cuantos salgan de él pero sin presentar batalla. Así les tendremos entretenidos pensando que intentamos cruzar la frontera. Cincuenta de vuestros hombres se unirán a los míos —dirigiéndose sucesivamente a Obios y a Bolmir— y lo mismo os digo a vosotros dos —señalando a Ator y a Luey—. Que los vuestros se unan a los de Coriscao para vigilar y acosar a la *vexillatio*.

—Haremos como dices —repuso Luey—. Dijiste al principio que había otro asunto del que querías hablarnos.

Corocotta asintió y después de una breve pausa miró a los ojos uno a uno a los cuatro jefes de tribu, antes de decir:

—El segundo motivo que nos reúne aquí no es tan apremiante, pero es mucho mayor en importancia. Hasta ahora hemos sobrevivido porque con nuestro sistema de lucha era imposible que las cohortes o incluso una legión pudieran vencernos pero si la estrategia romana hace lo que debe, y yo en su caso lo haría, arrasarán nuestros poblados y morirán inocentes en una lucha desigual que, al final, solamente puede tener un vencedor.

—¿Qué pueden hacer que no estén haciendo ya? —dijo Luey.

—Traerán más legiones, las que crean necesarias. Las distribuirán estratégicamente y se lanzarán al asalto cogiéndonos en medio. No dispondremos de guerreros suficientes para defendernos, ni de víveres. Si lo meditáis veréis que al final habrá una carnicería en nuestras filas porque el romano no perdona a quien no se le somete y gusta del escarmiento para aviso de futuras rebeliones. No olvidéis que se tomará venganza por los años que hemos estado infiriéndole derrota tras derrota.

Escuchaban con semblante preocupado sabiendo, en su interior, que lo expuesto por su caudillo era tan cierto como que la noche seguiría al día.

—¿Nos propones algo? —preguntó Obios.

Aunque ostentaban la jefatura de sus tribus por su fortaleza física y la habilidad en la lucha, generalmente, también lo eran por ser la voz de su pueblo y se suponía que no había nadie mejor que ellos para aconsejarles elegir el camino que debían tomar en virtud de sus intereses.

—No, por el momento. Sólo quiero que penséis en ello y si puede convenir a nuestro pueblo firmar un tratado con Roma preservando nuestra libertad y costumbres a cambio del sometimiento político. Ved a nuestros vecinos los vacceos que no han salido malparados aliándose y que no tienen miedo a que sus hijos puedan morir ya en cualquier batalla. Según vayan sucediéndose los acontecimientos decidiré lo que considero más conveniente para nuestro pueblo y lo comunicaré a todas las tribus en una reunión en Concana, por eso mi deseo es que tengáis tiempo suficiente para debatirlo con vuestra gente.

No hubo preguntas ni más explicaciones. Todo estaba claro y los cuatro jefes de las tribus cántabras se levantaron para irse.

Al despedirse Luey, Corocotta le tomó del brazo y le acompañó durante unos pasos, mientras conversaba.

—Te he puesto junto a Obios para dirigirte al sudoeste porque creo que será la dirección menos conflictiva y porque necesito que le tengas vigilado para que no cometa ningún exceso. Es un gran guerrero y de una fidelidad a toda prueba, pero su iracundia es superior a su inteligencia por lo que podría crear problemas y dar al traste con el buen éxito de la expedición. Vigílalo y trata de que su cólera no aparezca en el momento menos indicado. Tengo confianza en ti y él te respeta.

Luey asintió.

—Te entiendo y puedes ir tranquilo porque yo haré cuanto esté en mi mano por conducir los desahogos de Obios, si estos se producen. Ahora quisiera proponerte algo.

—Soy todo oídos.

—Como bien has dicho, este plan debe ejecutarse a la perfección y debemos evitar cualquier posibilidad que nos lo arruine. Creo que deberíamos situar una decena de nuestros hombres

bien escondidos en todos los desfiladeros que conducen del territorio vacceo a la *vexillatio* y a la *Macedónica*. En el supuesto de que, antes de que nos reunamos en el desfiladero y estemos a salvo en nuestras montañas, se nos adelanten los jinetes que, a no dudar, enviarán para solicitar la ayuda de los soldados romanos, nuestros guerreros deben dar cuenta de ellos. De este modo tendremos cubiertas las espaldas.

Corocotta estimó muy prudente la idea de Luey.

—Es una medida acertada y, tal como dices, la pondré en práctica situando a los hombres necesarios en todos los pasos.